

Estatu espainiar eta frantziar zein autonomi erkidego bietako administrazioek egiten duten maiztasunen banaketak, Euskadi Irratiaren sorrerak eta aipatu ditugun irrati askeen jaiotzak, orain-oraingo irratigintaren azterketan kokatzen gaitu. Gaurkotasunaz, eta neurri handi batean gerokoaz ere hain lotuta dagoen, liburuan “historia” hitzak izenburuan pisua galtzen duela dirudi, azterlanaren onerako.

Izan ere, mende bien arteko urte horiek irratigintzaren etorkizuneko bidea markatu dezakete. Hori da, hain zuzen ere, egileari eskatu behar zaion konpromisoa: aldaketa teknologikoan burubelarri sartuta dagoen medioaren jarraipena egiten segi dezala tarte honetan, prospektiba lana egiteko lotsarik ez edukitzea. Aldaketa garaie-tan erizpideak eta erreferentzia berriak oso beharrezkoak izaten direlako.

“Euskal irratigintzaren historia” titulu gisa daraman liburuaren azken orrialdetan mami handikoak eta zeharo interesgarriak diren osagarri batzuk ageri dira. Bertan, besteak beste, irratigintzaren kronologia, entzungai ditugun irrati-estazioen zerrenda, herrialdez herrialdeko dialaren panorama eta web orri lagungarri batzuen zerrenda aurkitu daitezke.

Hor, liburuaren gehigarri baino osagarri funtsezkoak diren orrialde horietan, faltan botatzen dira agian, audientzia datuak, irrati-eskaintzaren azterketa eta publizitatearen zein beste finantziario-bideei buruzkoa informazioa. Hau da, irrati-kontsumoaren nondik norakoak, zenbaterainokoa den emandegi bakoitzak lortzen duen zatia eta hor zelan kokatzen diren euskaraz aritzen diren irratia. Aldi berean, kontsumoaren oinarrian dagoen eskaintza nolakoa den eta zeintzuk genero eta programa formato dau-den lehen eta gaur egungo irratigintzaren erakuslehioan jakitea oso interesgarria da. Azkenik, irratigintzaren diru-iturriak zeintzuk diren eta nolako bilakaera eduki duten mahaigaineratuz gero, gaurko irrati-sistemaren egoera hobeto ulertzeko balio dezake.

Esandakoa, egun-egungo irratiaz gehiago jakiteko, momentu batez atzokoari begiratu eta etorkizuneko norabidea markatzeko baliogarria den horietariko liburua da Arantza Gutierrezen hau. Ezinbestekoa.

Edorta Arana Arrieta



HERRERO MATÉ, Guillermo

Liberalismo y Milicia Nacional en Pamplona durante el siglo XIX

Pamplona: Universidad Pública de Navarra, = Nafarroako Unibertsitate Publikoa, 2003. – 502 p. ; 24 cm. – ISBN: 84-9769-013-3.

Un reciente estudio sobre la historiografía navarra de los últimos veinte años, realizado por Pilar Erdozain y Fernando Mikelarena, confirmaba la preferencia entre los historiadores locales por los períodos 1780-1841, o de transición del Antiguo al

Nuevo Régimen, y 1876-1936, correspondiente a la Restauración Borbónica y a la II República, y apuntaba la necesidad de cubrir con futuras investigaciones las etapas todavía poco conocidas de la historia política contemporánea de la región. Un panorama tal invita a considerar, como primer acierto, la oportunidad de la obra de Guillermo Herrero, fruto de su tesis doctoral, al abordar un tema central del siglo XIX –la compleja implantación del liberalismo, en este caso, en la capital navarra– desde la reconstrucción minuciosa de buena parte de los principales acontecimientos y cambios políticos que vivió Pamplona desde el Trienio Liberal (1820-1823) hasta el Sexenio Democrático (1868-1874). Una crónica exhaustiva de los hechos que se relatan y una amplia perspectiva cronológica que permite apreciar tanto las continuidades como los cambios más decisivos en la evolución política, convierten esta investigación en un referente para los estudiosos del XIX navarro.

De ella habría que destacar no sólo su contribución al conocimiento de uno de los períodos menos explorados de los dos últimos siglos, sino principalmente su apuesta temática: la recuperación de la memoria histórica del movimiento liberal pamplonés a lo largo del ochocientos a través del estudio de la organización armada civil de la que se dotaron sus partidarios. A juicio del autor, un sector importante de la historiografía de Navarra ha silenciado el eco social de las nuevas ideas liberales, en particular las de las opciones más radicales, forjando, en contraposición, una imagen tópica de la provincia como baluarte del tradicionalismo. El objetivo central de las páginas de su estudio es, por tanto, la reivindicación del protagonismo histórico del elemento liberal navarro y pamplonés, sin negar que en esta tierra tuviera un peso mucho menor que la opción carlista. El trabajo de Guillermo Herrero se inscribe así en una línea de investigación iniciada por su director de tesis doctoral, Ángel García-Sanz Marcotegui, y orientada a rescatar de un olvido que se dice intencionado a la tradición liberal en la historia contemporánea de Navarra. Sea cual sea la perspectiva que se adopte, ciertamente es necesaria una historia del liberalismo en Navarra, un análisis de sus diversas formulaciones ideológicas, de sus gentes, de sus modos de implantación en el poder, de su redefinición frente a otros grupos políticos, de su incardinación en la sociedad, de su evolución en el tiempo... El libro que ahora se reseña supone una aportación sustantiva, aunque con las lógicas limitaciones de cualquier monografía centrada en un aspecto parcial.

Esa realidad parcial, pero sumamente representativa, desde la que se reconstruye el pasado liberal pamplonés del XIX es la Milicia Nacional, un tema prácticamente inédito en Navarra. El estudio desvela cómo aquí, al igual que en el resto de España, la institución de la Milicia Nacional resultó imprescindible en la defensa e impulso de las conquistas liberales frente a las resistencias de los privilegiados del Antiguo Régimen señorial. Descubre también cómo se hicieron patentes en su seno los conflictos derivados de la implantación de una sociedad liberal-burguesa, así como la diversa consideración que tuvo entre los propios liberales: para el moderantismo significó, al menos en un principio, un baluarte tanto de la libertad política como del orden público y de la propiedad privada, pero pronto pasó a ser conceptualizada como una institución revolucionaria, dominada por el elemento popular e incapaz de garantizar los resortes –personas y propiedades– del nuevo orden constitucional; exaltados y progresistas, por el contrario, hicieron de la Milicia Nacional una de sus señas de identidad y principal nexo de unión con sus bases populares urbanas. Ocurrió así que la subida al poder del elemento progresista traía aparejado el restablecimiento del cuerpo de milicianos, mientras que el regreso de los moderados acarrearía automáticamente su disolución. Como ya se escribió en vísperas de la Gloriosa, “aceptada con entusiasmo en momentos de peligro, se busca, pasando éste, el modo más fácil de deshacerse de ella”. La obra de Guillermo Herrero, excelentemente documentada, nos acerca a la realidad, con nombres y apellidos, de los 4.200 milicianos pam-

ploneses que se alistaron a lo largo del siglo XIX para defender el orden constitucional. Una cifra, en verdad, nada desdeñable si se tiene presente el riesgo añadido de actuar en una provincia escenario de las partidas realistas y de las dos guerras civiles carlistas por el peso en ella del tradicionalismo.

Hay una última cuestión que quisiera valorar positivamente antes de adentrarme en la estructura y principales conclusiones del estudio, y es la oportunidad de una investigación sobre Pamplona, porque la reconstrucción de su historia como ciudad en la contemporaneidad –un trabajo por realizar– se halla íntimamente ligada no sólo, como es obvio, a la Milicia Nacional, por definición urbana, sino principalmente al liberalismo en sus diferentes versiones. En buena medida, en la acertada reflexión de Javier Ugarte, el imaginario de la capital navarra encontró sus principales referencias en la nueva ideología del siglo, y así se presentó como sinónimo de progreso, cultura, limpieza y distinción, en contraposición a un campo tradicional, atrasado, inculto y tosco, aunque tal antagonismo cultural acabara desvaneciéndose en los tiempos que preludieron la guerra civil. Saber del movimiento liberal en la Pamplona decimonónica es un paso importante para aquilatar con equidad el peso de las distintas tradiciones culturales que han venido conformando el *ethos* de la ciudad.

Siglo XIX, Liberalismo, Milicia Nacional, Pamplona: las palabras clave, diríamos, del texto de Guillermo Herrero, han ido adquiriendo todo su contenido gracias a una metodología de trabajo rigurosa y minuciosa, como así se resalta también en el prólogo. Para la elaboración de la obra, se ha consultado toda la documentación pública relativa al tema conservada en los archivos de Pamplona y Navarra, así como en el Histórico Nacional: Actas de los plenos municipales y de la Diputación, bandos, Reales Cédulas, Correspondencia, Propios, Sección de Guerra y Milicia Nacional... Es de destacar la riqueza de las fuentes halladas, que han hecho posible un microanálisis casi personalizado de la implantación del liberalismo en la vieja Iruña, y han permitido sentar las bases para futuros estudios que rastreen las pautas de arraigo social de las nuevas ideas y realidades políticas. Por su parte, la bibliografía utilizada es también completa y en algún ámbito, en concreto el referente a los estudios sobre la Navarra del XIX, prácticamente exhaustiva.

La estructura de la obra guarda una estudiada simetría, y se articula en torno a cuatro grandes capítulos relativos a los cuatro períodos históricos en que estuvo vigente la Milicia Nacional (el Trienio Liberal, 1820-1823; la implantación del régimen liberal, 1834-1843; el Bienio Progresista, 1854-1856; y el Sexenio Democrático, 1868-1874). En cada uno de ellos, el autor ofrece un pormenorizado relato de la evolución política pamplonesa que sirve de contexto introductorio al análisis concreto de la vivencia de la Milicia en tales años, análisis que abarca tanto su organización e implantación, como su funcionamiento interno, y que incluye, en todos los casos, el estudio de las bases sociales de los milicianos, los problemas de equipamiento y financiación, el orden interno, la dependencia orgánica de la milicia en cada ocasión, y los servicios prestados por sus miembros. Cierran la investigación unas breves conclusiones y un interesante apéndice documental que incluye en las últimas páginas, casi podría decirse que a modo de homenaje, la relación individualizada de los más de 4.000 milicianos protagonistas del estudio.

Las principales conclusiones del trabajo resaltan, una vez más, el peso de la corriente liberal en la Pamplona decimonónica; subrayan también la heterogeneidad de los milicianos en cuanto a su extracción socio-profesional, sus intereses y su compromiso liberal; la pronta bipolaridad entre exaltados/progresistas y moderados, protagonistas de una permanente confrontación por el poder de la que resultó, y ésta

es quizá la conclusión más novedosa, un predominio moderado en el control de la Milicia pamplonesa; y, por último, el paralelismo entre los avatares políticos y la evolución de la Milicia en el conjunto del país, y el que describe la vida política y la actuación de los milicianos pamploneses, aunque con la particularidad, nada desdeñable ciertamente, del fuerte compromiso que implicaba el alistamiento a la Milicia en una de las regiones de mayor arraigo realista/carlista.

La presencia de milicianos en la Pamplona del Trienio Liberal muestra la temprana existencia de un movimiento liberal en la capital, y revela también la inmediata pugna abierta entre moderados y exaltados por el control de aquella fuerza cívica armada recién estrenada y tan decisiva para el curso de los acontecimientos. El liberalismo moderado, que contaba con el respaldo de las autoridades locales y provinciales, se hizo mayoritario en la primera de las milicias, la Milicia Nacional Voluntaria (mayo 1820-marzo 1822); el exaltado, por su parte, controló la Milicia Nacional de la Ley (octubre 1820-septiembre 1823), de carácter obligatorio y con una extracción más popular, y las llamadas Milicias Voluntarias de Artillería y Caballería (julio 1822-septiembre 1823), a quienes correspondió, junto con el ejército, la defensa de la ciudad en los momentos más críticos, primero ante las partidas realistas, después ante la invasión francesa. “La rebelión realista en Navarra –escribe el autor–, en sí misma, sin contar con la invasión francesa, había sido derrotada”. La represión que siguió a la derrota de los liberales del Trienio fue discriminatoria y ambigua entre los distintos milicianos de Pamplona, pues no a todos alcanzaron por igual las sanciones y depuraciones, lo cual muestra una realidad social y política que distaba de ser nítida.

Los años de la Guerra Carlista y de las Regencias (1834-1843) confirman de nuevo el compromiso de un sector de la población (4.000 alistados en la fuerza miliciana de 1836) con el nuevo orden constitucional, que en Navarra, como es sabido, fue apoyado desde un principio por todas las autoridades provinciales y locales. Los moderados controlaron las primeras formaciones civiles, la Milicia Urbana del Estatuto Real (febrero 1834-septiembre 1835) y la Guardia Nacional del Mendizábal (septiembre 1835-agosto 1836), pero los progresistas les relevaron a partir de 1836 en la dirección de los milicianos, que pasaron a serlo de la Milicia Nacional (agosto 1836-octubre 1843). Su creciente protagonismo político, una vez finalizada ya la guerra carlista, explicaría el fracaso del levantamiento moderado del general O'Donnell en 1841 en Pamplona. No obstante, la caída de Espartero en 1843 y la subida al poder de los moderados se saldó con la disolución del cuerpo de milicianos y con la creación de la Guardia Civil (1844) como alternativa conservadora, más rural que urbana.

La sublevación de julio de 1854 puso fin a la llamada “década moderada” y dio paso al Bienio Progresista (1854-1856). La evolución de los hechos y los pormenores de la restauración de la Milicia Nacional se ajustaron en Pamplona a lo ocurrido en Madrid. En el enfrentamiento entre las dos ramas liberales por el control institucional, los progresistas dominaron en el Ayuntamiento y en el cuerpo de milicianos, en tanto que los moderados fueron mayoría en la Diputación. La noticia de partidas carlistas en la primavera de 1855, que llevó en Navarra a la declaración del estado de guerra en el mes de mayo, parecía seguir reafirmando la necesidad de una fuerza civil al servicio del orden liberal. Pero los días de la Milicia estaban contados. Espartero dimitió en 1856, al poco tiempo de visitar la capital navarra, y un nuevo pronunciamiento del general O'Donnell, firme partidario de que el Ejército actuase de contrapeso de la Milicia, fue seguido de una nueva disolución de este último cuerpo, claramente identificado con la izquierda del liberalismo.

El Sexenio Democrático (1868-1874) deparó una nueva oportunidad histórica al liberalismo progresista y a la Milicia, que ahora también era reclamada por demócratas y republicanos. Una vez más, habría que resaltar el compromiso político de aquellos voluntarios enfrentados a un carlismo en armas, mayoritario en la región. A lo largo del período acabaron sucediéndose tres organizaciones armadas a favor del nuevo régimen: los Voluntarios de la Libertad (octubre 1868-febrero 1873), con clara participación de la burguesía moderada, los Voluntarios de la República (febrero-septiembre 1873), con presencia de carácter más popular y de matiz democrático, y la Milicia Nacional (septiembre 1873-octubre 1876), nuevamente de ideología moderada. Las fuentes documentales descubren la fuerte entrada de milicianos durante la I República, y consecuentemente, la existencia de un pequeño núcleo demócrata en la ciudad, si bien la tónica de todo el período vino marcada por el predominio del elemento moderado y de su actuación orientada a la defensa del orden público y de la propiedad. Después de tantos avatares a lo largo de aquel primer ensayo democrático que representó el Sexenio, la Restauración alfonsina y la conclusión de la última guerra carlista en el contexto de una nueva situación política conservadora pusieron fin a la Milicia, que había nacido como genuina institución del liberalismo, para acabar siendo condenada por quienes desde el ángulo más moderado del nuevo orden constitucional recelaron de su carácter revolucionario y de su composición popular.

La lectura de la obra de Guillermo Herrero permite descender a los entresijos de la política local e iniciar la reconstrucción de la malla de relaciones sociales, políticas e institucionales que se tejieron en el tránsito hacia un sistema liberal burgués. Quizá, un exceso de fidelidad a la ingente información que el autor maneja se traduce, en ciertos pasajes, en una exposición un tanto prolíja, que dificulta la lectura, y lleva a desdibujar, en algún caso, la coherencia de la línea argumental. En mi opinión, suscita también una cierta reserva el mismo enfoque histórico desde el que se aborda la implantación del régimen liberal en España. Se hace aquí una historia que parte de la inequívoca y unívoca conexión entre intereses económicos y políticos, de tal suerte que la dinámica histórica se limita al enfrentamiento desigual entre unas oligarquías económicas que monopolizan el poder político para la salvaguarda de sus intereses, y unas clases populares, movidas sólo por ideales, y siempre marginadas en sus justos derechos y reivindicaciones. Sin dejar de admitir los conflictos sociales presentes en el ochocientos español, y europeo, y el peso que, sin lugar a dudas, tienen los intereses económicos en el desenvolvimiento de la realidad política y social, es cuando menos opinable que éstos sean los únicos factores taxativos en el devenir histórico. La historiografía reciente en España ha venido abandonando progresivamente viejos paradigmas deterministas y ha apostado por análisis complejos que exploran las realidades pasadas desde la multiplicidad de factores, todo lo cual ha redundado en interpretaciones abiertas y ricas en matices, donde las ideologías y la política, estrechamente ligadas a la economía, tienen, sin embargo, una lógica propia, no restringible a la existencia de determinados intereses económicos.

Es, en cualquier caso, una cuestión totalmente opinable y debatible, que en nada mengua el esfuerzo y la honradez profesional del autor del trabajo, que son los valores ciertos que realmente quiere resaltar esta reseña.

María del Mar Larraza Micheltorena